



Octavio y Sexto Pompeyo

Por Marcos Uyá Esteban.

La batalla de Filipos, que en realidad fueron dos – el primer enfrentamiento el 3 de octubre del año 42 a. C., y el segundo veinte días más tarde – pareció que por fin ponía punto y final a los últimos reductos de la causa republicana, pero nada más lejos de la realidad. Si bien la derrota de Casio y Bruto supuso un golpe mortal a manos de los triunviro Marco Antonio y Octavio, mientras que Lépido se quedaba en Italia, aún faltaba un fleco que resultó ser más molesto de lo que un principio se pensaba, fleco encarnado en el hijo más joven de uno de los más grandes generales y estadistas que Roma había dado por entonces. Se trataba de Sexto Pompeyo Magno Pío, hijo de Pompeyo el Grande, fruto del tercer matrimonio de Pompeyo con Murcia Tertia, y hermano menor de Cneo Pompeyo el Joven.

A lo largo de este artículo vamos a seguir, especialmente, los testimonios clásicos de Apiano y de Dión Casio, en especial el primero. De Apiano, historiador griego del siglo II d. C., que realizó una *Historia Romana* compuesta de veinticuatro libros, del que sólo se conservan fragmentos, que abarca desde la fundación de Roma hasta la muerte del emperador Trajano. Afortunadamente para nosotros, se conservan íntegros los dedicados a las Guerras Civiles, que comprendían los volúmenes trece al diecisiete. Se seguirá la edición en español, concretamente el volumen tercero, que corresponde al libro IV y V, especialmente el último. Dión Casio, historiador romano del siglo III d. C., escribió otra *Historia Romana* que comprende ochenta y tres libros también desde su fundación hasta la época de los emperadores Gordianos. A nosotros nos interesan los libros XLVIII y el XLIX.

Los inicios de Sexto Pompeyo.

Pero antes de que Sexto Pompeyo se convirtiera en una amenaza contra el triunvirato, daremos algunos apuntes de su vida,

de la que apenas sabemos de su niñez y adolescencia. Se cree que debió de nacer hacia el 75 a. C., según Apiano (*Guerras Civiles*, V, 144), si bien otras versiones, como la de Emilio Gabba, lo sitúan entre los años 68 o 66 a. C. Cuando contaba con apenas veinte años, si ponemos la fecha de su nacimiento en el 68 a. C., vio como su padre y su hermano mayor abandonaban Roma en el momento en que César atravesó el Rubicón el primero de enero del año 49 a. C., quedándose en la ciudad a cargo de su madrastra Cornelia Metela, la quinta esposa de Pompeyo. Tras la derrota de su padre en Farsalia (septiembre del 48 a. C.) a manos de César, y temiendo que quedándose en Roma su vida corría peligro, se dirigió a Mitilene, ciudad griega situada en la isla de Lesbos, para reencontrarse con su padre y acompañarlo a Egipto. No había ni siquiera desembarcado en la tierra de los faraones cuando observó impávido como a su padre lo asesinaban por orden de los tolemeos cercenándole la cabeza para congraciarse con César.

Este episodio le marcó para siempre. Después del fatal desenlace, se dirigió a Chipre y al poco tiempo se reunió con su hermano mayor Cneo para encabezar la resistencia ante César en territorio africano junto con Escipión Násica, también conocido como Quinto Cecilio Metelo Escipión, quien había sido procónsul de Siria en el 49 a. C., Catón el Joven y otros senadores. Sexto se quedó en África, mientras que su hermano se dirigió a Hispania, concretamente a la Hispania Citerior en busca de más apoyos, lugar donde su padre había luchado contra Sertorio en los años 77-72 a. C. y que estaba muy vinculada aun a él. La resistencia africana acabó en fracaso absoluto en la batalla de Tapso (abril del 46 a. C.), en donde Escipión y Metelo acabaron suicidándose y Sexto tuvo que huir a Hispania, concretamente a las Islas Baleares, junto con Tito Labieno, antiguo lugarteniente de César, para reunir un nuevo ejército. Sexto posteriormente se asentaría en *Corduba* (Córdoba) y después se encontró con

Cneo, quién estaba asediando la ciudad de Ulia. Finalmente este ejército se enfrentó ante César en la batalla de *Munda* en marzo del año 45 a. C., que acabó con la derrota y muerte de Cneo Pompeyo y Tito Labieno, lo que provocó de nuevo la huida de Sexto, casi con el beneplácito de César, hacia tierras lacetanas, lo que hoy en día corresponde a la Cataluña central. Como un fugitivo, vivió del saqueo y del pillaje, consiguiendo aunar con el tiempo a una banda de seguidores con quienes se dirigió a la Hispania Ulterior, concretamente a la *Betica*, gobernada por entonces por Gayo Carrinas, enviado por César para detener a Sexto, lo que intentó hacer sin éxito, ya que Sexto, con la ayuda de los indígenas de la zona y de los veteranos de guerra que habían apoyado a su padre, consiguió derrotar al gobernador y tomar *Carteia* (provincia de Cádiz). (Apiano, *Guerras Civiles*, IV, 83-84).

Muerte de César y dominio en Hispania. Tiempos convulsos y conflictos internos.

A la par de estos acontecimientos, Roma sufrió uno de los episodios más convulsos de su historia: el asesinato de Julio César en los Idus de Marzo del año 44 a. C. Parecía que la tiranía instaurada por el dictador, en la versión de los conspiradores, había terminado. En realidad no fue así. Se acabó con el hombre, pero no con su obra. Es más, ni siquiera se consiguió salvar a la República, que apenas quince años más tarde cayó instaurándose un sistema autocrático en la persona de Octavio Augusto. Mientras tanto, para Sexto Pompeyo, la muerte de César le fue favorable, y siguió saqueando a su antojo por tierras béticas. Tampoco esta vez el nuevo gobernador de Hispania Ulterior, Gayo Asinio Polión, pudo detenerlo, y por ello, el Senado, consideró que debía ser cesado y dar el puesto a Marco Emilio Lépido, pero que Polión no pudo aceptar ya que siendo partidario y leal a César, no podía permitir dejar la provincia en manos de un hombre propuesto por el Senado, cómplice del asesinato de César. El problema de Polión es que no le sobra precisamente talento militar y fue derrotado varias veces por Sexto, e incluso se llegó a decir, según Dión Casio (*Historia Romana*, XLV, 10) que tuvo que salir disfrazado del campo de batalla para así poder salvar su vida.

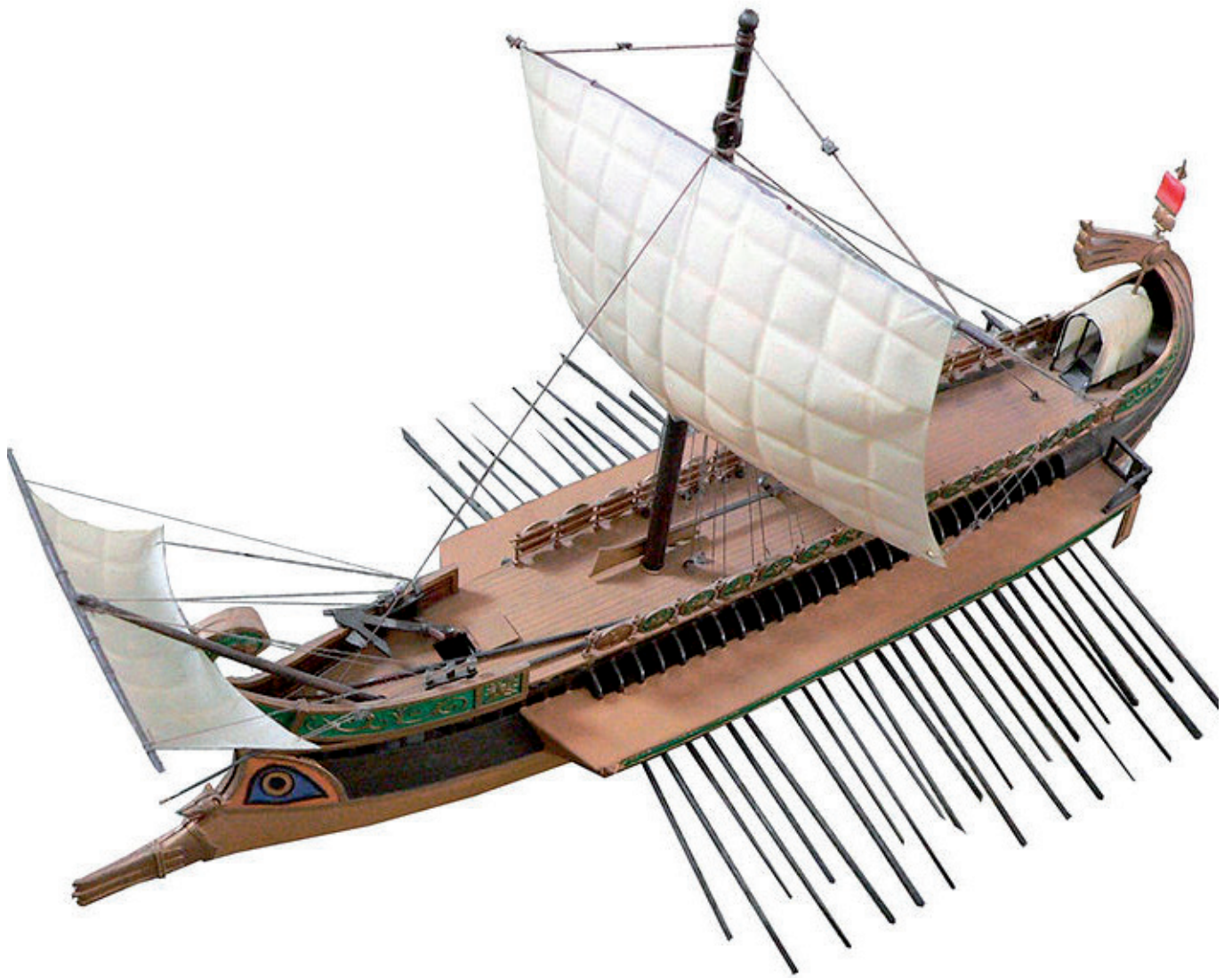
Esta situación, en la que prácticamente Sexto Pompeyo era dueño de parte de la Hispania Ulterior e incluso lo aclamaron como *Imperator*, hizo que Lépido, gobernador de la Hispania Citerior y de la Galia Narbonense, mandado por Marco Antonio, le propusiera una tregua favorable en la que se le permitía volver a Roma para recibir la herencia de su padre, y el Senado de Roma incluso le dio una cantidad ingente de dinero en compensación por parte de las propiedades arrebatadas a Pompeyo.

Volvamos a la situación en Roma. Una vez ocurrida la muerte de César, Octavio, su sobrino-nieto, era el heredero del poder de César. El joven imberbe, de tan solo dieciocho años, estaba en Epiro cuando ocurrió la tragedia y se dispuso a volver a Roma para reclamar lo que era legítimamente suyo. No es el objetivo de este artículo tratar la problemática suscitada tras la muerte de César, pero sí diremos que si no llega a ser por la puesta en escena de Octavio, casi seguramente Marco Antonio y Lépido se hubieran adueñado de la situación en Roma y haber parado la supuesta y legítima restauración de la República por parte de los asesinos de César. Es más, para fortalecer esta alianza, Marco Antonio apoyó a Lépido para que fuera elegido Pontífice Máximo, y además, la hija de Marco Antonio, Antonia, fue prometida al hijo de Lépido. Pero esta situación no duró mucho ya que parece ser que tanto Roma como el Senado no estaban demasiado contentos de ambos hombres con lo que empiezan a escuchar a Octavio. Éste, finalmente, va a conseguir la ayuda de Marco Tulio Cicerón,



Marco Agripa

hostil a Marco Antonio. Su parte, éste último, distanciado con el Senado, marcha a la Galia Cisalpina, con el propósito de echar a su gobernador, Décimo Junio Bruto, uno de los conspiradores de César. Esta maniobra, a pesar primeramente de contar con el apoyo del Senado, servía para que Marco Antonio consiguiera tener un cargo sobre el que preservar su autoridad antes que de su cargo de cónsul en el año 44 a. C., expirara. No obstante, el Senado, temeroso de que el mismo Marco Antonio consiguiera demasiado poder insta a Lépido y sobre todo a Sexto Pompeyo, este último ya estaba en Roma, a intervenir en caso de que la situación empeorase. Para ello, el Senado, con el beneplácito de Cicerón, aprobó un decreto laudatorio en su honor y además se le nombró Prefecto de las Costas y de los Mares (*Praefectus Classis et Orae Maritimae*). Sin embargo, tanto Lépido como Sexto no intervinieron contra Marco Antonio. Éste, por su parte, consigue derrotar a Bruto en Mutina, actual Módena, y se quedará allí como nuevo gobernador, maniobra que el Senado no aceptó, quizás a instancias de Cicerón, e incluso se instó a declararlo enemigo público. Marco Antonio está dispuesto a renunciar a la Galia Cisalpina a cambio de gobernar la Galia Comata por cinco años. La propuesta era inadmisibles para el Senado, con lo que manda a los cónsules del año 43 a. C., Aulo Hircio y Cayo Vibio Pansa, junto con Octavio para supuestamente restaurar la seguridad en la República. Marco Antonio fue derrotado pero los dos cónsules murieron, quedando solo Octavio al frente en una posición comprometida, máxime cuando Cicerón intrigaba para conseguir el consulado vacante prácticamente a espaldas de Octavio, mientras que a éste el Senado le niega dicho honor por ser demasiado joven. Octavio marcha a Roma y consigue



Trirreme

el consulado, a lo que el Senado acaba por aceptarlo, junto con Quinto Pedio.

Lo primero que realiza, es condenar a los asesinos de su padre adoptivo, en la llamada *Lex Pedia*, y después parte en busca de Marco Antonio, que había huido a la Galia Narbonense después de su derrota acogido por Lépido. Será el inicio del llamado Segundo Triunvirato, del que diremos que el objetivo del mismo era el de restaurar el Estado romano, realizar las llamadas proscripciones de aquellos que habían conspirado y asesinado contra César, de las que el propio Cicerón fue víctima, a pesar de no participar en ellas sino por celos de Marco Antonio, y cada uno recibir el *imperium* para cinco años. Una peculiaridad de las listas de proscripciones fue la inclusión de Sexto Pompeyo, que se encontraba en Hispania cuando sucedió el hecho. Por suerte para él, tenía el dominio de la flota, a pesar de no poseer bases en las costas ya que los gobernadores de la Hispania Ulterior y Citerior más la Galia, eran fieles al nuevo triunvirato. No obstante, Sexto, en los años siguientes, sacará provecho de su posición.

Terminadas las proscripciones, era el momento de asestar el golpe de gracia a los últimos tiranicidas, es decir, Bruto y Casio. Su derrota y el posterior suicidio de ambos, despeja al fin, o eso parece, el camino hacia un reparto de poder y de territorios entre los tres triunviros. Pero en realidad esto no es así, ya que Lépido, va a quedar prácticamente excluido del mismo al serle designado África, algo que le dejaba entre las cuerdas máxime si además

era el Pontífice Máximo, cargo que no le permitía abandonar Roma. Marco Antonio se quedaba con Oriente, pudiendo hacer su sueño de llevar la guerra contra los partos, cosa que César no pudo hacer, y vengar el desastre de Carrhae a manos de Craso. Por su parte, Octavio se quedaba con Roma e Hispania, pero el problema es que si bien estaría en la capital del Imperio, tendría que lidiar ahora con tareas administrativas algo ingratas, como ahora mismo veremos.

Sexto Pompeyo en Sicilia.

Una de esas tareas era la de repartir tierras en Italia a los soldados y veteranos que habían peleado en Filipos (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 12-13). Hasta dieciocho ciudades italianas y los propietarios de sus tierras vieron como eran repartidas entre los soldados, lo que conllevó la protesta de muchos. El problema es que las tierras no eran suficientes debido primeramente a que no había territorios para contentar a más de ciento setenta mil soldados, y segundo, porque Sexto Pompeyo, que finalmente en el 43 a. C. estableció su base naval en Sicilia, tras conquistar las ciudades de Milas, Tíndaris, Mesina y Siracusa, después de pactar con el propetor de la isla, Aulo Pompeyo Bitínico, tras la caída de Mesina, repartirse el gobierno de Sicilia, estaba en disposición de bloquear la llegada de víveres a Italia (Dion Casio, *Historia Romana*, XLVIII, 16-20). Además, obtuvo el apoyo del gobernador de África, Quinto Cornificio y posteriormente también se asentó en Córcega. Por ello, y antes de Filipos, Octavio había

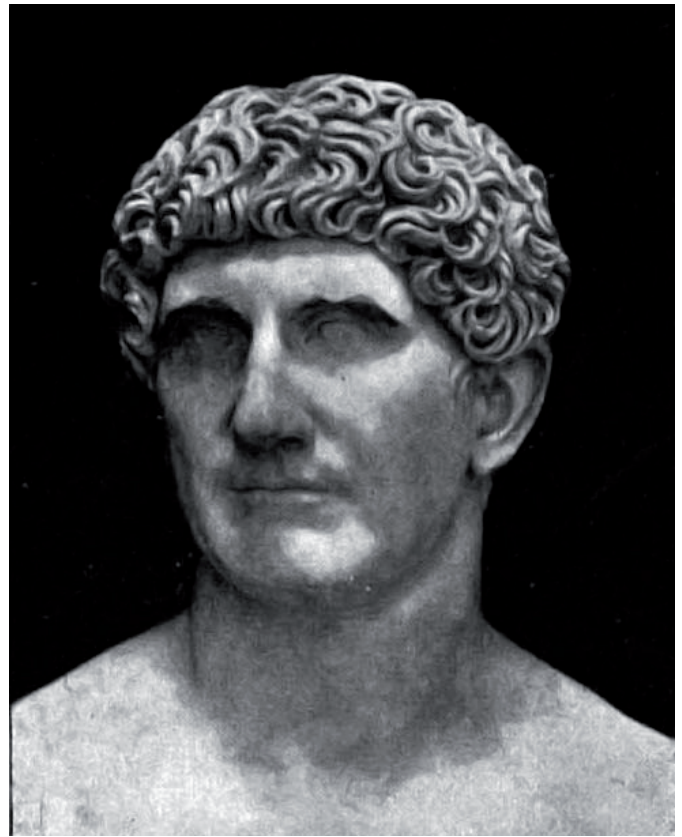
mandado a Quinto Salvidieno Rufo a que instara a Sexto que dejase de saquear libremente por el mar (Apiano, *Guerras Civiles*, IV, 85). Sexto, teniendo el mando de la flota, que ya contaba con unos trescientos barcos, en los que había conseguido reunir hombres libres, desterrados y esclavos hostiles a los triunviros, consiguió, sin embargo, derrotar a Rufo en las cercanías de Escileo, en parte porque éste último tenía poca experiencia en operaciones marítimas. Ello le permitió, en el reparto de las tierras por parte de Octavio a los veteranos, poder controlar dos de las dieciocho ciudades, lo que le supuso tener de su lado a parte de la población afectada por la confiscación de las tierras.

La situación se torna complicada para Octavio, lo que propició que Lucio Antonio, cónsul en el 41 a. C., hermano de Marco Antonio, a instancias de Fulvia, esposa de éste último, aprovechando la debilidad de Antonio, hiciera sublevar a los campesinos para deshacer el triunvirato (Apiano, *Guerras Civiles*, 14-17). Para ello, debe de contar con las legiones de Gayo Asinio Polión, quien había sido colocado como gobernador de la Galia Cisalpina. Si esto sucede, Octavio tendría muy difícil detener la rebelión. Afortunadamente, Polión no interviene y Lucio Antonio, quien había entrado con su ejército en Roma, se retiró a Perusa, en la región de Etruria. Octavio asedió la ciudad y la rindió por hambre (Apiano, *Guerras Civiles*, 30-49). Lucio Antonio perdió porque sus aliados, Quinto Fufio Caleno, Lucio Munacio Planco y Publio Ventidio Baso junto con el propio Polión no quisieron luchar contra el hijo adoptivo de César. Finalmente, Lucio fue enviado a Hispania, mientras que Fulvia falleció de una extraña enfermedad al año siguiente (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 59 y Dión Casio, *Historia Romana*, XLVIII, 28, 2).

Brindisi y Miseno.

Después de este incidente, Octavio y sus colaboradores entablaron negociaciones con Marco Antonio, que ya había conocido a Cleopatra en Egipto y había vuelto a Italia desembarcando en Brindisi, sin que antes los más allegados a Marco Antonio, Lucio Escribonio Libón y Sentio Saturnino Vétulo intentaran buscar una alianza con Sexto Pompeyo, alianza que no llegó a fructificar debido a que Marco Antonio no pretendía enfrentarse a Octavio, aunque tomó en cuenta el apoyo en caso de producirse, e instó a Sexto que se reconciliara con Octavio. Este, temiendo una posible alianza, y a instancias de uno de sus grandes colaboradores, Cayo Cilnio Mecenas, consiguió también que no se llevara a cabo y sí pudo convencer a Marco Antonio para un encuentro en la misma Brindisi en octubre del 40 a. C. (Apiano, *Guerras Civiles*, 64-65 y Dión Casio, *Historia Romana*, XLVIII, 27-31). Marco Antonio había regresado por dos motivos, buscar más tropas para su guerra contra los partos y conocer de primera mano la situación de Italia, enterado de que su hermano había instado a la revolución. Finalmente, gracias a la labor de Mecenas por parte de Octavio y de Polión por parte de Marco Antonio, sellaron una alianza en la que los términos recuerdan un poco a la formación del Segundo Triunvirato (Lépido seguía teniendo África, Octavio Occidente y Marco Antonio Oriente), pero además, se acuerda seguir la lucha contra los partos y sobre todo, eliminar de una vez por todas la amenaza de Sexto Pompeyo por el abastecimiento de grano por mar a Italia. Para reforzar el pacto, Marco Antonio se casará con Octavia, hermana de Octavio.

La situación por entonces de Sexto Pompeyo era bastante favorable para él desde hacía tiempo. Dueño de Sicilia y Cerdeña, había formado un original estado en el que algunos nobles romanos, junto con esclavos fugitivos y piratas, conseguían traen en jaque a toda Italia. A todo ello, se le sumó Murco con dos



Busto de Marco Antonio

legiones, ochenta naves, quinientos arqueros y una cantidad ingente de dinero (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 25). Si Sexto en ese momento hubiera atacado Italia, quizás se hubiera apoderado de ella, ya que estaba exhausta por el hambre y las guerras civiles, pero no lo hizo ya fuera por temor o inexperiencia. En efecto, hacia finales del 40 a. C., la situación era tan insostenible en la Península Itálica que la muchedumbre de Roma a punto estuvo de sublevarse contra Octavio y Marco Antonio. Ambos triunviros necesitaban actuar rápidamente. En primera instancia, Octavio quiso atraer a Sexto como aliado asociándolo al triunvirato, pero en realidad, no creemos que Sexto fuese a ser un hombre de confianza para Octavio, aparte de que prefería disfrutar de su libertad como dueño de la flota romana. Por ello, en vista de que esta opción debía de descartarse, Octavio y Marco Antonio entablaron negociaciones con Sexto, ya que él mismo deseaba también la paz, salvo Menodoro, lugarteniente de Sexto (Menas para Dión Casio). Tras un primer encuentro en el que no se llegó a un acuerdo, es más, Sexto creía que Octavio y Marco Antonio le iban a dar los territorios adscritos a Lépido (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 71), finalmente se produjo un segundo encuentro en una nave cerca del cabo Miseno, a través del suegro de éste último, Lucio Escribonio Libón, que a su vez era cuñado de Octavio, ya que éste accedió a casarse con Escribonia tras separarse de su primera esposa Claudia para poder así cimentar el pacto. Este pacto, conocido como el Pacto de Miseno, firmado en julio del 39 a. C., trajo las siguientes condiciones: Sexto no debía de reclutar más personas en sus filas, ya fueran libres o esclavos; los esclavos que formaban parte de la flota de Sexto debían ser liberados; a Sexto se le otorgaba el gobierno de Sicilia, Córcega y Acaya durante cinco años, más el mando de la flota y por último, los soldados que quedaban libres debían de recibir tierras en la misma proporción que los veteranos de la batalla de Filipos. Además, se le prometía tanto a Lucio Escribonio como al propio Sexto, un consulado en un futuro. A cambio, Sexto se comprometía a cesar sus prácticas piráticas y dejar que Roma e

Guerras Civiles, V, 95). Sin embargo, Dion Casio refiere que Marco Antonio no fue al encuentro de Octavio con la intención de ayudarlo, sino a espiarlo (Dion Casio, *Historia Romana*, XLVIII, 54, 1) e incluso Plutarco (*Ant.* 35, 1) afirma que vino con intención hostil, lo que se duda de si de verdad Mecenas fue enviado a parlamentar con Marco Antonio.

Nuevas ofensivas de Octavio y Agripa.

Preparando la flota a conciencia durante todo el año 37 a. C., otorgó el mando supremo de la misma a su colega y gran amigo Marco Vipsanio Agripa, gobernador por entonces de la Galia Transpadana, quien regresó a Roma rápidamente y tomó el mando relevando a Cayo Calvisio Sabino. Para ello, hizo un nuevo puerto encargando al arquitecto Lucio Cocceyo Aucto quién eliminó la separación existente entre el lago Lucrino y el mar, unos trescientos cincuenta metros, creando así un puerto exterior y después otro interior mediante la fusión del lago

Averno con el lago Lucrino. Este nuevo complejo se denominó *Portus Iulius* o Puerto Julio y ofrecía un refugio seguro para las naves que iban a combatir contra Sexto además de entrenarlas con veinte mil esclavos liberados como tripulación. El puerto duraría como uso militar hasta el 12 a. C., cuando se trasladó la nueva base naval a Miseno.

Afortunadamente para Octavio, no solo contó con la ayuda de Marco Vipsanio Agripa. A raíz del tratado de Tarento, contaría con el apoyo de los ciento veinte barcos al mando de Tito Estatilio Tauro por parte de Marco Antonio con base en Tarento, y con otra flota, la de Lépido, que contaba con mil naves de transporte, setenta navíos, doce legiones de soldados y quinientos jinetes nómadas (Apiano. *Guerras Civiles*, V, 98) situada en el Norte de África. El único pero que hubo fue que Menodoro, con siete naves, abandonó a Octavio y de nuevo regresó junto a Sexto. El plan de Octavio consistía en que las tres flotas partieran el mismo día para que desembarcaran en tres puntos diferentes de la isla de Sicilia. Por desgracia, ni siquiera los sacrificios de Octavio a los Vientos, a Neptuno y al Mar surtieron efecto ya que las tormentas hicieron que solo la flota de Lépido llegara a Lilibeo, quien se encontraría con Lucio Plinio Rufo, legado *pro praetore* de Sexto con una legión cuyo objetivo era procurar que Lépido no recibiera refuerzos de las islas Lipara y Cosira ni constituyeran una base naval para él, mientras que la flota de Estatilio Tauro, que solo contó con ciento dos naves ya que por el camino las restantes habían perecido por tempestad, tuvo que regresar a Tarento debido a otra tempestad, y la de Octavio parte de la suya quedó destruida cerca del promontorio de Palinuro, concretamente en Elea o Velia (Apiano. *Guerras Civiles*, V, 98 y Dion Casio, *Historia Romana*, XLIX, 1, 3) lo que le obligó a recomponer de nuevo su maltrecha flota. Lépido el único que había conseguido el objetivo, cercó a

Plinio, consiguió reducirlo y atrajo a algunas ciudades a la causa, pero al no poder contar con la ayuda de Agripa y Estatilio Tauro, se quedó allí a la espera de noticias.

Este fracaso insufló ánimos a Sexto, además de que Menodoro de nuevo había vuelto bajo su mando. Hizo un sacrificio a Neptuno convencido de que las divinidades se habían puesto de su parte para salir airoso y envió a Menodoro con las siete naves que se trajo consigo para reconocer las bases de Octavio y ver de cuantas fuerzas disponía. Pero Sexto se equivocó al enviarle, ya que Menodoro, irritado por no tener el mando de la flota, otra vez planeó traicionarle y de hecho, lo hizo (Apiano. *Guerras Civiles*, V, 100). Tan pronto como la flota fue reparada, se tardó solamente treinta días, Octavio otra vez volvió sus miras a Sicilia. Primeramente ordenó a Marco Valerio Mesala, que se reuniera con Lépido en Sicilia, al mando de dos legiones y mandó a Estatilio Tauro que saliera de Tarento rumbo a Escilacio, cerca de

Tauromenio, en la costa oriental del Bruttio, sobre el mar Jónico. Por su parte, Lépido esperaba a

cuatro legiones más de África que fueron

destruidas, ya que no llegaron todas a

su destino, debido a que Papias, un

capitán de Sexto, salió al encuen-

tro de ellas y acabó con dos de las

legiones, mientras que las otras

dos a duras penas consiguieron

llegar a reunirse con Lépido

(Apiano. *Guerras Civiles*, V, 104).

Mientras tanto, Octavio, salió

desde Hiponio hasta Estróngila,

la actual Strómboli, la isla más

septentrional de las islas Lipari.

Exploró sus costas y vio una gran

cantidad de fuerzas asentadas allí.

Octavio supuso que era las de Sexto

Pompeyo y dio el mando a Agripa

para que atacara, mientras regresaba

a Hiponio y después marchaba a apoyar

a Estatilio Tauro, ordenando a Mesala

que fuera con él y así poder atacar a Sexto

desde dos frentes. Agripa, por su parte,

consiguió acabar con la guarnición de la

costa y se dispuso a ir cerca de Mylae, para

atacar a Demócarea, lugarteniente de Sexto,

que poseía cuarenta barcos, que resulta-

ban insuficientes para detenerlo. Por

ello, Sexto le envió otros cuarenta

y cinco barcos (Apiano, *Guerras*

Civiles, V, 105) al mando del

liberto Apolófanes más otros

setenta barcos capitaneados por

él mismo. La batalla de Mylae, el

choque de fuerzas fue equilibrado, a

pesar de que las embarcaciones de Sexto

tenían una pequeña ventaja por ser más cortas y

ligeras. Sin embargo, la tripulación de Agripa era

más experimentada. El resultado de la batalla favoreció a Agripa,

más que nada por la mayor fuerza de sus barcos en los choques

frontales, donde el espolón perforaba más fácilmente los cascos

de los navíos enemigos y por un mayor aprovechamiento del

corvus o gancho que permitía enganchar a los buques enemi-

gos y poder abordarlos. No obstante, la victoria no fue total, ya

que Sexto, observando que perdía barcos y hombres, ordenó la

retirada. Agripa, según Apiano (*Guerras Civiles*, V, 108) quiso



Busto de Sexto Pompeyo

perseguir a los barcos y acorralarlos en aguas poco profundas y al final desistió, mientras que la versión de Dión Casio (*Historia Romana*, XLIX, 4, 1) afirma que no quiso seguir con el ataque para no despertar la envidia a Octavio con un triunfo demasiado aplastante.

Victoria pírrica de Sexto.

En efecto, la derrota no fue lo bastante severa como para impedir a Sexto ir en busca de Octavio. Partió rumbo a Mesina, dejando una parte de su flota para hacer creer a Agripa que aun seguía ahí. Este, por su parte navegó a Tíndaris, con la esperanza de que se adhirió a su causa, pero fue rechazado, aunque otras ciudades sí se unieron. Octavio, tras saber la victoria de Agripa, creyó que todo estaba ganado, viajó desde Escilacio hasta Leucopetra, promontorio en el extremo suroccidental de Italia con muchas de sus tropas, dejando a Mesala al mando del resto hasta que las naves volvieran a por él, y de allí a Tauromenio. Cuando llegó, mandó emisarios exigiendo la rendición, pero la guarnición de Tauromenio no les permitió atracar, con lo que siguieron el viaje rumbo al río Onobalas y estableciendo su campamento cerca del templo de Archegeta, que contenía una estatua de Apolo. No había terminado de acampar cuando, por sorpresa, apareció la flota de Sexto que pilló por sorpresa a Octavio, quien acorralado, no podía solicitar refuerzos a Mesala (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 110). El ataque de Sexto, se componía de su misma flota y de la caballería e infantería que transportaba. No obstante, a pesar del efecto sorpresa, no supo sacarle el rendimiento adecuado, ya fuera por inexperiencia o descoordinación, y sólo atacó con la caballería y después a la caída de la noche y en vez de acampar cerca del enemigo, lo hicieron a cierta distancia. Si el ataque sorpresa se hubiera producido con las naves, tropas de infantería y la caballería a la vez, incluso Octavio podría no haber sobrevivido. En cambio, las tropas de Octavio pudieron levantar el campamento, pero acabaron exhaustos. Al amanecer, puso a la infantería a las órdenes de Quinto Cornificio mientras él se hacía a la mar en busca de Sexto. El encuentro resultó desfavorable para Octavio, que vio como sus barcos eran capturados o quemados, mientras otros huían hacia Italia. Las bajas fueron numerosas, y muchos que intentaron alcanzar la orilla a nado o fueron apresados por la caballería de Sexto o fueron muertos, mientras que otros pocos tuvieron la fortuna de llegar al campamento de Cornificio. Octavio, que no sabía si ir en busca de Mesala o volver al campamento, tuvo la suerte de poder atracar en el puerto de Abala y posteriormente viajó al encuentro de Mesala.

Enseguida partió para Estilis acompañado de Mesala en busca de Gayo Carrinas, quien tenía tres legiones dispuestas a luchar. Escribió a Agripa instando a que enviara a Quinto Laronio a socorrer a Cornificio, que a duras penas podía soportar el asedio de Sexto, que esperaba que el campamento se rindiera por hambre. Cornificio pudo escapar pese a estar expuesto a los ataques de la caballería de Sexto. El problema de la huida, que duró varios días, es que Cornificio y sus hombres eran vulnerables a los ataques, y también a las inclemencias del tiempo. Finalmente, casi extenuados y a punto de morir, llegó la ayuda de Quinto Laronio. Estaban salvados. (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 115)

Agripa, mientras tanto, consiguió apoderarse de Tíndaris lo que suponía una buena fuente de abastecimiento por sus provisiones, y lugar de descanso para las fuerzas de Octavio. Pero Sexto aun conservaba territorio desde Mylae hasta Nauloco y Pelorio. En este periodo, diversas escaramuzas se sucedieron, pero sin que se llegara a un enfrentamiento abierto. Sin embargo, Sexto cometió un error al creer que Agripa navegaba hacia Pelorio,

dejando desguarnecidos los desfiladeros de Mylae, situación que aprovechó Octavio para ocuparlos. Sexto, queriendo enmendar el error, mandó a Tiseno al encuentro de Octavio, pero este no se produjo y pudo reunirse con Lépido en Mesina. Hábilmente, Octavio ordenó a Estalio Tauro que cortase el suministro de provisiones a Sexto, y éste, viendo que apenas le quedaba comida y agua, decidió jugársela a una carta. Convino con Octavio fijar un encuentro en el mar que decidiría la suerte de la guerra. Octavio, a regañadientes aceptó, ya que las experiencias navales anteriores no habían sido de buen grado (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 118) y el lugar del encuentro sería Nauloco.

Nauloco: la batalla decisiva.

El 3 de septiembre del año 36 a. C. se produjo el deseado desenlace. Trescientas naves convenientemente equipadas con todo tipo de proyectiles, arsenales y máquinas de asedio compusieron cada uno de los bandos y Agripa ideó una brillante idea que a la postre sería decisiva. Apiano (*Guerras Civiles*, V, 118) lo llamó “arpón”, pero en realidad se llamaría *harpax* o *harpago*, muy parecido al *corvus* romano pero con la peculiaridad de que el primero era más ligero y podía lanzar un gancho a más distancia, lo que facilitaba que no hacía falta acercarse demasiado al barco enemigo para iniciar el abordaje. Lanzado a través de una *ballista*; otra innovación consistía en que el garfio estaba recubierto de láminas de hierro y no se podía cortar y los cabos que tiraban de él tampoco podían cortarse, ya que la longitud del garfio impedía alcanzar las cuerdas.

Los preliminares de la batalla consistieron en el lanzamiento de todo tipo de proyectiles por parte de ambas escuadras, para luego iniciar las hostilidades propiamente dichas consistentes en el encontronazo de las naves, fuera por la proa, de costado o incluso en las rostras, lugar especialmente delicado porque podría dejar al navío inservible. Poco a poco, el “arpón” hacía su efecto, y empezaba a ocasionar estragos en las naves de Sexto, que no podían, por desconocimiento, deshacerse de él. Los abordajes se sucedían, y en ocasiones era complicado discernir quien era amigo o enemigo, ya que todos hablaban la misma lengua, usaban las mismas armas o vestían de manera parecida (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 120). Ello provocó, que a través de la mentira y engaño hubiera muertes violentas y traiciones varias. Poco a poco, a pesar de la confusión reinante, la táctica de Agripa dio los resultados esperados y observó que habían sido destruidos gran parte de los barcos de Sexto, con lo que viendo que la victoria estaba cerca, realizó un último ataque consiguiendo interceptar varias naves que se disponían a huir mientras que otras viendo que su derrota era segura, dejaron de luchar. Agripa, y en consecuencia Octavio, habían vencido. Sexto huyó a Mesina y tan solo diecisiete naves se salvaron, del resto, veintiocho fueron hundidas y las que quedaban incendiadas o apresadas. La infantería que quedaba de Sexto vio como se quedaba sin su máximo mando. Se rindieron también, al igual que la caballería.

Sexto Pompeyo en su huida se enteró de la rendición de la infantería y la caballería e hizo llamar a Lucio Plinio desde Lilibeo con las ocho legiones que tenía, pero no llegó a contactar con Sexto ya que éste huyó al ver que muchos desertaban y que las tropas enemigas navegaban hacia su búsqueda, se marchó con las diecisiete naves que le quedaban. Plinio llegó a Mesina y la ocupó, mientras que Agripa, en compañía de Lépido, puso cerco a la ciudad. Tras su toma, Agripa era partidario de esperar a que llegara Octavio para empezar a tratar las condiciones de paz, pero Lépido se apresuró a empezarlas con Plinio y permitir que ambos ejércitos saqueasen la ciudad. Esto propició que las

tropas de Plinio más las de Lépido, formaran un solo conjunto bajo mando de este último. No se sabe muy bien por qué Lépido actuó de esta manera, aunque tenía sus razones, entre ellas, haber sido apartado del reparto del mundo romano cuando se formó el Segundo Triunvirato tras la batalla de Filipos, lo que le relegaba a ser el tercero en discordia dentro del triunvirato. Con esto, teniendo a su mando hasta veintidós legiones (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 123), planeó apoderarse de Sicilia con la excusa de haber sido el primero en pisar la isla y por haber ganado más ciudades a la causa. Además dio órdenes de que no se recibieran a los emisarios de Octavio ni al él mismo. Como era de esperar, Octavio se presentó ante Lépido y le reprochó esa actitud. Se separaron de mala manera y Octavio ancló sus naves lejos de las de Lépido por temor a que este último las incendiara.

No habían acabado de una guerra cuando parece que se avecinaba otro enfrentamiento. Los soldados no estaban dispuestos a ello, y dieron la razón a Octavio frente a la indolencia y al descaro de Lépido. Además, Octavio, con una serie de sobornos y de maniobras para evitar una nueva guerra civil, puso a muchos soldados que habían combatido con Sexto a sus órdenes, también porque no se fiaban de las garantías que Lépido les había dado, y preferían que fuera el mismo Octavio quien las hiciera. Incluso, cuando las hostilidades entre Lépido y Octavio comenzaron, muchos soldados de Lépido empezaron a pasar al bando de Octavio. Éste, viendo que prácticamente se quedaba solo, fue en busca de Octavio, aceptando su derrota. Lépido fue enviado a Roma, para seguir ejerciendo su cargo como Pontífice Máximo y a partir de entonces su carrera política declinó (Dión Casio, *Historia de Roma*, XLIX, 12, 4).

La huída de Sexto a Oriente y su posterior muerte.

Sexto huyó hacia Oriente y Octavio no lo persiguió. Quizás pensó que al dirigirse a los territorios que controlaba Marco Antonio, no debía inmiscuirse en sus asuntos. Además, los soldados romanos de uno y otro bando, cansados de tanto enfrentamiento, exigían dinero y tierras. Octavio a duras penas pudo contentarlos a todos, pero les prometió que no habría más enfrentamientos civiles. A pesar de que algunos soldados abandonaron y otros fueron “invitados” a abandonar Sicilia, a los que se quedaron, Octavio les prometió que pronto los licenciaría y los recompensó entregando quinientos dracmas a cada uno. (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 129). Estatilio Tauro fue nombrado gobernador de África y envió de regreso a Tarento las naves supervivientes de Marco Antonio. A su vuelta a Roma, el Senado le tributó honores y Octavio anunció que la paz y la concordia se habían restablecido por tierra y mar. Con tan solo veintiocho años de edad, había demostrado talento de sobra para poder regir los destinos del Imperio Romano.

Mientras tanto, Sexto llegó a Mitilene en busca de Marco Antonio, que en ese momento estaba enfrascado en la lucha contra los partos. La desastrosa campaña parta de Marco Antonio, que había intentado invadir Armenia en la primavera del 36 a. C., llegó a oídos de Sexto y pensó sucederle en el gobierno de las provincias orientales si había fallecido, o en su defecto, compartir el poder. Envío emisarios para comprobar la situación, y también a Tracia y al Ponto Euxino en el caso de que si Antonio no aceptaba la propuesta, poder tener una vía de escape. Marco Antonio, enterado de la llegada de Sexto, envió a Marco Titio con un doble propósito: combatirlo si venía con aire hostil o agasajarlo en caso contrario. Como sucedió lo segundo, Sexto convino aliarse con Marco Antonio, con el agravante de que este último estaba aun dolorido por la derrota ante los partos, y



Denario con el rostros de Marco Emilio Lépido

dolorido también por Octavio, que no cumplió lo estipulado en el tratado de Tarento de enviarle veinte mil hombres a Oriente, y sólo obtuvo dos mil gracias a las súplicas de Octavia ante su hermano. Además, Sexto, le recordó que él había sido expulsado por parte de Octavio de Sicilia y que cuando la dominaba le hizo una oferta, oferta que Marco Antonio rechazó. También, por si aun hubiera alguna duda, le recordó que despojó a Lépido de sus territorios y ninguno de ellos le correspondió a él. (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 137)

Sea como fuere, por la desesperación de Sexto por ganarse a un aliado, o por la situación cada vez más crítica en la que se encontraba Marco Antonio, viendo como el poder de Octavio crecía, éste último pensó por un momento en la alianza, pero mandó al tribuno Cayo Furnio una vez enterado de que Sexto también tenía intenciones de ponerse en contacto con los partos con la intención de apresarse a Sexto. Éste, enterado, atacó a traición la ciudad de Lámpsaco, situada en el Estrecho de los Dardanelos y después Cícico sin éxito, ya que había una guarnición de Marco Antonio. Sexto no tuvo más remedio que enfrentarse a Furnio sin disponer de la caballería, atacando por el frente y por la retaguardia, pero consiguió expulsar al tribuno dando muerte a muchos soldados por la llanura del Escamandro. Acto seguido, Sexto, con falta de provisiones, se enteró que un cuerpo de caballería itálico iba a reunirse con Marco Antonio, enviado por Octavia, e intentó sobornarles sin éxito. Las cosas se torcieron aun más para él, cuando llegaron setenta naves de Marco Antonio que había prestado a Octavio más de cien naves que Marco Titio disponía por parte de Marco Antonio. Sexto se sintió acorrolado, quemó sus naves y sus allegados, incluido su



Mosaico de una Trirreme romana

suegro Lucio Escribonio Libón, le instaron a que abandonara las armas y se entregase a Marco Antonio.

Pero Sexto no aceptó, y huyó a Bitinia en dirección a Armenia. Le persiguieron Furnio y Titio. Tras una serie de escaramuzas, finalmente se aprestó a parlamentar con Furnio, que había sido amigo de su padre. Sexto pidió que le llevara a Marco Antonio a cambio de rendirse ante Furnio, pero éste le respondió que podría haberlo hecho al principio y no ahora, pero que si se rendía de verdad, que lo hiciese ante él y ante Titio y no ante Marco Antonio. Sexto recalcó que quería solo rendirse ante Furnio pero este no aceptó. A la noche, Sexto consiguió escapar con la intención de llegar al mar y quemar la flota de Titio y tal vez lo hubiera conseguido si Marco Emilio Escauro, hermano por parte de madre de Sexto, no hubiera desertado. Fue perseguido por Amintas, y Sexto, viéndose solo y sin apoyos, se entregó a él y llevado a Titio. Hecho prisionero, fue ejecutado a la edad, si seguimos a Apiano (*Guerras Civiles*, V, 144), de cuarenta años. No se sabe si fue por propia iniciativa de Titio o por orden de Lucio Munancio Planco, a instancias de Marco Antonio, que en aquel momento era gobernador de Siria. También se sospecha que pudo ser el propio Planco el que dio la orden, con el propósito de no enturbiar las relaciones favorables entre Marco Antonio y Octavio. Dión Casio, alude a que Marco Antonio envió dos cartas a Titio, la primera con la orden de ejecutarlo y la segunda perdonándolo, pero que llegaron en orden inverso y Titio entendió que Marco Antonio había cambiado de opinión y lo ejecutó (Dión Casio, *Historia Romana*, L, 1, 4)

Así acabó el último eslabón de la facción republicana, en el año 35 a. C. Su muerte, años más tarde, se usaría como arma propagandística por parte de Octavio a la hora de declarar la guerra a Marco Antonio, cuando ya la situación de ambos triunviros se hizo insostenible.

BIBLIOGRAFÍA:

Apiano. *Historia Romana. Volumen III. Guerras Civiles: Libros III-V*. Madrid: Gredos, 1985. Introducción, traducción y notas de Antonio Sancho Royo.

Bravo, G.: *Historia del Mundo Antiguo*. Madrid: Alianza Editorial, 2008. (2ª Edición).

Dión Casio. *Historia Romana. Libros L-LX*. Madrid: Gredos, 2011. Traducción y notas de Juan Manuel Cortés Copete.

Gabba, E.: *Appiano: e la storia delle guerre civili*. Firenze: La Nuova Italia, 1956.

Kovaliov, S. I. *Historia de Roma*. Madrid: Akal, 2007. Edición revisada y ampliada por Domingo Plácido. Traducción de Marcelo Ravoni.

Grimal, P.: *El Siglo de Augusto*. Barcelona: Crítica, 2011. Traducción castellana de Manuel Pereira.

Grimal, P.: *Historia de Roma*. Barcelona: Paidós, 2005.

Pina, F.: *La Crisis de la República (133-44 a. C.)*. Madrid: Síntesis, 1999.

Plutarco. *Vidas Paralelas. Demetrio-Antonio*. Madrid: Gredos, 2010. Presentación y traducción de Juan Pablo Sánchez Hernández.

Starr, C.G.: *The Roman Imperial Navy, 31 B.C.-A.D.324*. Chicago: ARES PUBLISHERS, INC, 1993. (3rd Edition).

Rodríguez González, J.: *Diccionario de batallas de la Historia de Roma (753 a. C. - 476 d. C.): (3.386 batallas libradas por los ejércitos romanos)*. Madrid: Signiferlibros, 2005.